

Origen alquímico de la homeopatía y terapia floral: De Egipto a Platón; de al-Ándalus a Edward Bach

ÁNGEL ALCALÁ MALAVÉ
Bubok, Madrid, 2011, 151 pp.

Ángel Alcalá Malavé es un convencido homeópata, tanto por convicción como por profesión. Infatigable narrador, dedicado durante años a la comunicación y la literatura, en los últimos tiempos ha dedicado toda su pasión y su trabajo profesional al cultivo de la homeopatía, cosa que por otro lado le viene de antiguo. Ya en su anterior novela, *Huancabamba y los secretos de la luna*, (El Andén, Barcelona, 2008), había explorado el mundo de las artes chamánicas, reivindicando una recuperación

de lo sacro y del misterio, por tratarse de una pérdida de consecuencias nefastas para el mundo contemporáneo, aunque sea un tema que con frecuencia se aborda con una excesiva frivolidad.

De todos modos ahora da un paso más: se analizan los orígenes específicos de la homeopatía a partir de los saberes ocultos de la antigüedad clásica, remontándose a la Biblia, al antiguo Egipto o a Grecia, especialmente a partir de la alquimia vegetal o alquimia menor, destacando un punto de gran interés: el papel desempeñado por al-Ándalus en este peculiar trasvase cultural desde la Antigüedad clásica hasta el Occidente cristiano, a través de un paso con frecuencia postergado: la conexión entre el Califato de Bagdad y el de Córdoba en sus momentos de mayor florecimiento, como fueron las épocas de al-Mamun y de los sucesivos Abderrahmanes en los siglos VIII, IX y X, sucesivamente. Especialmente con Abderrahman III (912-961), aunque su labor innovadora a favor de la alquimia pronto caería en declive con la llegada de Almanzor (938-1002), que mandó destruir todos los legados referentes a la alquimia y a las ciencias ocultas por considerarlos contrarios al Islam. En cualquier caso ambos centros culturales, en Bagdad y Córdoba, se caracterizaron por su profundo interés por la filosofía, la alquimia y las traducciones de los textos originales de ambas formas de saber, estableciéndose entre ellos una comunicación mucho más fluida de lo que habitualmente se piensa.

Posteriormente vendría el enorme impacto que la cultura árabe del califato de Córdoba terminaría ejerciendo en Europa a través de las traducciones de los textos de Averroes (especialmente a través del llamado Averroes latino) y de otros filósofos, médicos o simplemente alquimistas. Todo ello se haría especialmente patente en el renacimiento italiano y en el empirismo inglés, para culminar con la aparición de la homeopatía como una ciencia equiparable a las demás ciencias experimentales modernas, por obra especialmente de Hahnemann y Edward Bach. Sin embargo ahora se quiere resaltar los orígenes ancestrales de este peculiar ejercicio terapéutico de los alquimistas vegetales, que a su vez se aprovecharían de los conocimientos acumulados por Averroes, Maimónides, Ibn Tufail, Avempace o Paracelso, entre otros muchos, con una propuesta alternativa muy precisa: en vez de tratar de curar las disfunciones recurriendo a los opuestos, como ocurrirá en la medicina convencional, incluida la galénica, ahora se trataría de curar este tipo de anomalías mediante el recurso a lo semejante, en la medida que es posible recuperar el equilibrio perdido respecto de las restantes fuerzas y elementos de la naturaleza con ayuda de lo sacro y del misterio, mediante procedimientos meramente homeopáticos.

Precisamente el momento de mayor interés de todo este proceso fue el trasvase cultural entre el Califato de Bagdad y el de Córdoba. En Bagdad se destaca especialmente la figura de Yabir Ibn Hayyán, conocido en Europa como Geber, por su *Libro de las propiedades* y sus *Libros de las balanzas*, donde destacó la armonía existente entre los diversos elementos y esferas celestes. Allí deliberadamente se mezcla la tradición ocultista o hermenéutica antigua acerca de la piedra filosofal, con la tradi-

ción mística o autoformativa del gran sabio o *hakim*, concibiendo la alquimia como un posible paso desde el microcosmos humano al macrocosmos austral. Pero igualmente se destaca la figura de Ibn Sina o Avicena (980-1037), autor de la *Revelación de la Piedra*, donde se generalizan la capacidad de transmutación de la piedra filosofal a todo tipo de fenómenos naturales o simplemente somáticos. O Al Gazali o Al-gazel (1058-1111), donde en *El justo medio de la creencia* extrapoló la posibilidad de una alquimia de la felicidad, en polémica con Alfarabí y Avicena. O Al-Zahrawi (936-1031) cuyo *Liber servitoris* sería traducido por Pedro Egina en 1288 al latín, donde se describe con detalle la preparación de medicamentos a través de las plantas, minerales y productos animales.

Pero simultáneamente también se explica el papel desempeñado por distintos personajes a la hora de llevar a cabo este trasvase cultural de Bagdad a Córdoba. Por ejemplo, se destaca el papel desempeñado por Al-Togarai, el círculo hermético de los Hermanos de la pureza, el andalusí Ibn Habib (796-845) autor de un *Compendio de medicina*, Mohammed Abdullah, padre a su vez de Ibn Masarra, protagonista por su parte de la gran eclosión alquimista que experimentaría la península ibérica. Este último fue el autor del *Libro de la explicación penetrante* y del *Libro de las letras*, muy influidos a su vez por al-Misri (796-859) y el romano Prisciliano, aunque sus posturas a favor de la alquimia serían miradas con sospecha y acabaría sus días condenado por corrupción. Por su parte Ibn Firnás (810-887) fue el introductor de la ciencia astronómica y algebraica árabe en al-Ándalus. Todos ellos con Abderrahmán III (912-961) recibirían un definitivo impulso. Sin embargo la mayor parte de ellos provocarían las sospechas por parte de los poderes civiles y religiosos por considerar que anteponian sus doctrinas alquimistas a los principios del Islam.

Después vendría un periodo de dispersión, también llamado de los Reinos de Taifas, donde ahora se destacan especialmente tres: Al-Mamun de Toledo (rey entre 1043-1075) y su corte celestial, impulsor de la astronomía y de la agricultura, incluido el astrónomo Azarquiel (1029-1100), defensor de un sistema heliocéntrico similar al de Aristarco o Copérnico, y autor de las *Tablas de Toledo*; Ibn Wafid que aplicó a la agricultura sus conocimientos astronómicos, siendo autor de un *Libro sobre los medicamentos simples*, siguiendo a su vez a Hipócrates; posteriormente se produciría la expansión del alquimia a Badajoz, Jaén, Zaragoza, Denia, donde destacan entre otros: Ibn Jalaf al-Muradi, presente en la Florencia de los Medicis, el matemático jienense Ibn Muad (+1093), autor del *Libro de las incógnitas de los arcos de la esferas* y de las *Tablas de Jaén*; el astrónomo y alquimista Abu Salt de Denia (1067-1134), el filólogo y astrónomo Ibn al-Said al-Batalyusi (1042-1127) de Badajoz, autor del *Libro de los cercos*.

Se llega así al cénit filosófico, ahora representado por Ibn Bayya de Zaragoza (970), autor de *Carta del adiós* y *El régimen del solitario*; Abraham Ben Erza (1092-1167), autor de *Las delicias del Rey*; Yabir Ibn Afalh (100-1050), autor del *Libro de la octava esfera*, con numerosas correcciones a Ptolomeo; el alquimista Ibn Tufail

(1105-1185), autor de la *Epístola del 'vivo', hijo del 'despierto'*; al Bitruyi, autor del *Libro de la cosmología*, el sevillano Ibn al-Kammad (+1195), autor de las *Tablas astronómicas*; el médico cordobés Moshé ben Maimón o Maimónides (1135-1204), autor de *Guía de perplejos* o *Aforismos médicos*; el oftalmólogo al-Gafiqui (s. XII), Al Farisi, autor de *La revisión de la óptica*; Ibn Rusd (Averroes (1126-1199), autor del *Colliget* o *Libro de las generalidades de la medicina*, cuya filosofía acabaría siendo vista con un creciente recelo por las autoridades civiles y religiosas, especialmente después de publicar su *Destrucción de la destrucción de los filósofos*, en clara polémica con las posturas mantenidas por entonces por Algazel, Alfarabí y Avicena, ya en una Córdoba muy estrechamente ligada intelectualmente con Bagdad.

De todos modos la derrota árabe en la batalla de las Navas de Tolosa (1212) acabaría significando el final de la hegemonía árabe, aunque ello fuera compatible con el despertar de los sufíes de al-Ándalus, como Al-Biruni y su *Tratado sobre las balanzas*; o al-Qalalusi (1210-1308), autor del libro de alquimia *El tesoro de la elites*. Finalmente, en el reino de Granada, la última perla de la ostra andalusí, destacaría al-Raqqam (n.1315), autor del *Tratado sobre los relojes de sol*; los médicos al-Shafra (+1360); Baznad (entre 1283 y 1308), autor *De pronósticos*; Ibn al Jatib (1313-1374), Ibn al-Raqqam (+1353) y Ibn Játima (1324-1369), autor de *Consecución del fin de la peste*. Por último, al-Qurashi o al-Qalasadi (1412-1486), al que ahora se considera último gran sabio o *hakim* andalusí, junto al alquimista Ash-Shansi, médico personal de Boabdil, el *Chico*, padre del último rey de Granada.

Para concluir una reflexión crítica. Evidentemente el cultivo de la sabiduría en la cultura árabe estuvo muy ligado a la alquimia y a la medicina, como ahora se comprueba a través de la historia de su presencia en el periodo andalusí. Ambas tuvieron el carácter de sabiduría oculta, secreta, esotérica o simplemente hermética, frente al saber público, civil, exotérico, o simplemente compartido, con las ventajas e inconvenientes que este tipo de posturas suele generar. Todo ello se comprobaría cuando este nuevo tipo de saber se trasplantara al Occidente cristiano, en condiciones de desarrollo cada vez más difíciles por no decir imposibles. De todos modos es evidente que en al-Ándalus hubo un impresionante renacimiento cultural mucho antes de que llegara a la Europa renacentista. De hecho acabaron exportando una revolución cultural de proporciones gigantescas, que por las razones que fueran ellos mismos no fueron capaces de asimilar. Esta es la gran sorpresa y la gran paradoja de estos momentos de máximo esplendor de la cultura árabe, tanto en Bagdad como en Córdoba.

Carlos Ortiz de Landázuri